

TRIBUNA EXTREMEÑA

Ahora que Plutón nos deja

JUAN CARLOS FERNÁNDEZ

«Que le den muchas y buenas a Plutón, dicho sea desde el cariño, pero no a mi país, que aún sigue llamándose España. No quisiera verlo considerado como un simple satélite»

CRÉANME. Me incomodaba enormemente el hecho de que los astrónomos pudieran ampliar el número de planetas adscritos (sí, adscritos, ya hemos visto que esto es algo meramente *administrativo*) a nuestro Sistema Solar. Mera pereza, claro está. Desde la Enciclopedia Álvarez a los libros ilustrados de la EGB de nuestro Villar Palasí, nos habíamos acomodado a la retahíla convenientemente memorizada: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón. Así se lo aprendió un servidor hace ya un puñado considerable de años. De carrerilla, oiga, como la tabla de multiplicar. No era cosa, por tanto, de tener que meternos en la testa nuevos nombres, que eso de la memoria hay que dejarlo para otros menesteres, que más que con órbitas tienen que ver con historias reescritas. Que lo que se ajusta a mi gusto es lo justo, ya saben.

Pero, desde luego, lo que no me podía imaginar es que el Sistema Solar quedara capitidismuido. Jesús, Plutón no da la talla y se cae por un agujero del colador sideral. Un planeta menos, qué trauma. No sé qué será peor, si aprendernos dos o tres nombres nuevos, o acostumbrarnos a vivir sin el planetilla. Claro está, a efectos de los libros de texto, tanto nos da; porque sea por exceso o por defecto, cambiarán la página de los planetas, lo que conllevará hacer una nueva edición, y nos jeringarán a tantos padres que atesoramos los libros del colegio de nuestros hijos, las más de las veces con la vana esperanza de que algún hermano menor los herede y nos ahorremos unas perrillas. Algún día deberíamos declararnos insumisos en esto de los libros de texto, y cuando nos dijeran las editoriales que bien que nos gastamos el dinero en las vacaciones, podríamos responderles que donde nos dé la real gana y que el librito renovado se lo metan donde les quepa, y que nuestro niño lleva el libro viejo al cole, y lo que haya cambiado lo dicte el maestro. Y punto.

En fin, disculpen esta digresión. No he podido evitar acalorarme. Retomo la cuestión, que no es otra que *allá van leyes do quieran reyes*. Siempre se ha dicho así, ¿no? Fijense, sin necesidad de mirar al cielo, aquí pasan cosas similares: una serie de hombres (y mujeres, seamos políticamente correctos) decide que lo que antes era



una nacionalidad ahora es una nación. Y todos tan contentos, intentando medir nuestro paño con la nueva vara, que nadie puede ser menos en el conjunto de los astros autonómicos. Hasta al prudentísimo Calvo Sotelo (Don Leopoldo), se ve obligado a decir que «la nueva transición española parece arrancar de la blasfemia histórica *Non est Hispania*. España no existe».

Item más. Redefinimos nuestras relaciones internacionales. El sistema gravitatorio de la diplomacia hispana ha sufrido un cambio de polaridad. Los amigos reales, o los que al menos deberían serlo, se confunden entre una nebulosa de países que ni fu ni fa, de potencias con infulas tribales y de amistosos enemigos; todo un conglomerado de relaciones tan inútiles como gravemente peligrosas, como aquellas películas que ponían los pelos de punta a los curas del tardofranquismo.

Puestos a mudar conceptos y situaciones, metamos la piqueta en nuestros cimientos culturales, en nuestras señas de identidad profundas. Es anticuado, o más bien retrógrado, pensar que hay una auténtica influencia del cristianismo en nuestro ser europeo. Lejos de nosotros tan finesta teoría. Es mejor dejarnos embeber por otros modos que nada tienen que ver con los nuestros, y que además intentarán siempre imponerse. Pero eso es lo moderno y no las raíces de siglos. Hay que dialogar

con otras civilizaciones. Incluso con incivilizados que ahora han dictado que aquí hay un proceso. Ciertamente, pudiera haberlo. Pero cada vez más parecido al kafkiano. Es todo cuestión de definiciones, ¿ven?, como la medida de los astros.

Sostengo que la pertenencia o no de Plutón al conjunto de los planetas es una mera convención, una simple cuestión de criterios, que pueden ser mudados cuando lo tengan por conveniente quienes pueden hacerlo. Lo malo es que aquí, en nuestro planeta Tierra, en nuestro terruño, los conceptos mutan con absoluta facilidad. Con manifiesto papanatismo en ocasiones, y mediante sometimientos indignos, otras veces, y siempre procurando mantenerse en el pedestal quienes han dado en considerarse nuestros salvadores. De cabeza nos pueden llevar.

Termino, amables lectores. ¿Quién nos dice a nosotros que alguna asamblea de sesudos hombres de Estado no se pone a redefinir el concepto de nación sería, de potencia mediana pero respetable? Dios nos libre de caer a través de los agujeros del cedazo del prestigio. Que le den muchas y buenas a Plutón, dicho sea desde el cariño, pero no a mi país, que aún sigue llamándose España. No quisiera verlo considerado como un simple satélite.

■ JUAN CARLOS FERNÁNDEZ es concejal en Zafra

MIDIENDO LAS PALABRAS



ANA ZAFRA

Pequeñas victorias

AUNQUE no soy deportista de élite, también tengo derecho a disfrutar de mis 'pequeñas victorias'.

Y no hablo de ese halo de santidad que se nos pone al dejar colarse a alguien en Carrefour o al ayudar a una ancianita desvalida. No. Hablo de un placer mucho más íntimo y perverso: el que depara que alguien, presumiendo a tu lado, tenga alguna equivocación o algún pequeño contratiempo.

No soy Fernando Alonso, pero casi saco champán el día que, conduciendo mi antiguo Renault 4 por un túnel con limitación de velocidad, se me puso detrás el típico conductor agresivo y no paró de darme las luces durante un kilómetro. Cuando, tras adelantarme como alma que se lleva el diablo, lo encontré parado por la Guardia Civil, asumiendo la correspondiente multa, casi hago la ola.

No soy Rafael Nadal, pero no cambio su copa Davis por la cara que se me debió poner el otro día. Mi capacidad deportiva es limitada, pero a veces hago un esfuerzo y echo algún partidillo de tenis. Mi contrincante, más experta, se pasó el rato recriminándome mis múltiples errores. Cuando le indicaron una falta, tuve que volverme para ocultar mi sonrisa malévol.

No soy Dani Pedrosa, aunque casi asciendo al asiento del autobús (a falta de podium) cuando hace años, yendo a trabajar a un pueblo cercano a Madrid, a las siete de la mañana, un individuo escuchaba música a todo volumen sin dejarnos dormir al resto de los ocupantes. En una curva se le cayó el casette y se quedó con todas las 'tripas' fuera. Hubo ovación general.

No soy Carlos Sainz (ni Luis Moya) pero, cuando voy de copiloto y mi mapa señala un camino y el GPS (instrumento infalible y en cuyas dotes orientativas mi marido confía más que en las mías) señala otro, rezo para que el cacharro se equivoque. Cuando lo consigo, no envidio ni al mismísimo Raúl.

No soy Pau Gasol pero pagaría para que mis amigos me quisieran tanto como a él su equipo.

Y tras tanta confesión, me pregunto: ¿será cosa mía o alguno de los que lean esto también disfrutará con las mismas 'pequeñas victorias'?

dades con garantías, y sobre todo, sus gentes se han desembarazado de ese pasado injusto, bruto y desigual que antaño los ataba. Ahora vemos una sociedad dinámica, abierta, tolerante y llena de recursos para encaminar un futuro hacia lo mejor. Gracias por su tesón, señor Ibarra.

Luis F. López Silva Maguilla

De papeleras y baches

El 19 de octubre del 2005 escribí en este diario algo que titulé 'Mi calle no tiene papeleras'. Todavía no era mi calle puesto que no aún vivía en ella, pero ya la sentía como mía. Ha pasado el tiempo (más de un año) y desde antes de la pasada Nochebuena vivo aquí, en la calle José Lanot. A

pesar de mi petición y de que como decía hay en ella un colegio público, para más señas el 'San Pedro de Alcántara', todo sigue igual, sin papeleras. Desde estas líneas vuelvo a reivindicar la necesidad de que pongan al menos una, por ejemplo a la puerta del colegio, para que la podamos utilizar mayores y pequeños y que a ser posible sea de hierro. Hace casi dos meses (fue por agosto) trabajadores del Ayuntamiento vinieron a arreglar los socavones que había en la calzada tapándolos con arena y cemento; entonces dijeron que al cabo de tres días una empresa terminaría de arreglarlos echándoles alquitran, pues según me comentaron así estaba convenido con el Ayuntamiento. De esto hace dos meses y los socavones siguen esperan-

do la llegada de los operarios para desesperación de los conductores que por aquí transitan y también mía, que veo como me salpican la puerta y la fachada cuando llueve. No tendría mal un poco de coordinación entre Ayuntamiento y empresa para evitar esos problemas.

M^a Esteban Barrado Badajoz

Ante el acoso escolar

Cuánto preocupa a los padres de escolares el acoso escolar; cada vez más difundido. Según estudios recientes sobre la violencia en las aulas (Barómetro Cineseros), una cuarta parte de los alumnos de enseñanza no universitaria sufren acoso. Lleva razón la ministra Cabrera cuando

dice que "la mejor salida que podemos ofrecer a esta situación es reforzar, en la educación de nuestros niños y adolescentes, todos aquellos valores que fomentan la tolerancia, el respeto al que no opina lo mismo y la resolución de los conflictos por vía pacífica". Como experta en teoría y práctica educativa y especialista en Letras, sé que eso puede y debe hacerse desde todas las disciplinas escolares; pero he palpado que la Religión se lleva la palma. ¿Qué asignatura ofrece mayor dedicación a los valores humanos que la Educación religiosa y moral? ¿Y qué asignatura fundamenta mejor esos valores? La Religión bien enseñada es el más firme baluarte de los valores de la convivencia, y ninguna materia mejor que ella ofrece el sentido de un buen com-

portamiento cívico. Hablar de "reforzar los valores que fomentan la tolerancia" y despreciar la clase de Religión, ¿no encierra ignorancia supina u odio cegado? Los padres, hasta ahora, no hemos estado ciegos y en su mayoría optamos por la enseñanza religiosa y moral para nuestros hijos. Como profesora, se lo he aconsejado también a mis alumnos, algunos de ellos atraídos por el gancho de los juegos y la falta de esfuerzo de las "alternativas," verdadera pérdida de tiempo para muchos. ¿Solucionará el problema la Educación para la Ciudadanía? ¿No es muy significativo que el Foro Español de la Familia pida a los padres que se acojan a la objeción de conciencia ante la imposición ideológica que conlleva?

María Fernández Vicente Cáceres